



María Oruña

Lo que la marea
esconde



La presidenta del Real Club de Tenis de Santander, una de las mujeres más poderosas de la ciudad, ha aparecido muerta en el camarote de una preciosa goleta que con unos pocos y selectos invitados surcaba las aguas de la bahía al anochecer.

El crimen recuerda a las novelas de la «habitación cerrada» de principios del siglo pasado: el compartimento estaba cerrado por dentro, tanto la extraña herida que presenta el cuerpo de la empresaria como el misterioso método utilizado para perpetrar el asesinato resultan inexplicables y todos los invitados a la fiesta parecen tener motivos para haber acabado con su vida. Nadie puede haber salido o entrado de la nave para cometer el crimen o escapar. ¿Quién ha matado a Judith Pombo? ¿Cómo? ¿Y por qué?

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Curiosidades

Agradecimientos

Para Ladi y Alan

1

¿Es que pretende decirme, inspector, que este es uno de esos casos que encontramos en las novelas detectivescas, en que un hombre es asesinado dentro de una habitación cerrada en la cual nadie ha podido entrar?

AGATHA CHRISTIE,
Navidades trágicas (1939)

Cuando todos los planes se desmoronan, cuando se termina el amor y comprendes que ya nada será igual, comienzas un discreto viaje hacia el abismo. Es una caída imparable y silenciosa. No quieres que nadie te ayude a levantarte porque crees sentirte mejor en la oscuridad, como si ya solo pudieses estar a salvo en tu propia y rutinaria pesadilla. Pablo se había sentido así no mucho tiempo atrás: roto y de rodillas, deseando tener el valor suficiente para acercarse al acantilado, avanzar un par de metros más allá y deshacerse sobre las rocas.

¿Qué lo había salvado a él? ¿Su propia fuerza interior, su inteligencia emocional? Una vez había escuchado decir a un humanista que, ya que estábamos aquí, teníamos la obligación de vivir. En las circunstancias que fuesen. Vivir. Saborearlo todo, perderse en todas las delicias posibles. Ah, las palabras. Seductoras y convincentes, pero poco efectivas para un chico de veinticinco años que se había quedado parapléjico. Un accidente de esquí absurdo,

cuatro años atrás, en el corazón de los Alpes franceses. Ahora parecía lejano aquel momento en que había destrozado parte de su médula en la blanca estación de Chamonix. ¿Quién le iba a decir que volvería a disfrutar de la vida, y de aquella forma? Sin su padre, Julián, no habría sido posible. La familia, siempre la familia... A veces supone un pozo oscuro y resbaladizo del que nos cuesta salir, pero en otras ocasiones se viste de un amor poderoso e incondicional, que es el que nos salva.

Ahora Pablo observaba, sorprendido, el interior de la preciosa goleta donde se encontraba navegando y donde iba a cenar en solo unos minutos. Desde luego, la Real Sociedad de Tenis de la Magdalena, en Santander, había hecho un trabajo extraordinario con su restauración. *La Giralda* era una goleta de unos treinta metros de eslora por ocho de manga, de dos palos, que había sido construida en el año 1984 imitando el estilo de las embarcaciones de principios de siglo y que formaba parte de los lujosos bienes del club de la Real Sociedad de Tenis desde hacía solo un año. Hasta el momento, el club no había tenido más que un servicio estival de zódiac desde la playa de la Magdalena hasta el Puntal, pero el aumento de socios y la bonanza del club parecían haber mejorado ostensiblemente sus servicios. Hacía solo unas semanas que la embarcación había rematado su restauración, y su botadura se había celebrado con una gran fiesta.

Comenzaba un suave mes de junio y a través de las evocadoras ventanas de la nave Pablo pudo comprobar que surcaban suavemente las aguas de la bahía y que estaba a punto de anochecer.

–Qué marinero todo, qué bonito, ¿verdad?

–Sí, ha quedado muy bien –reconoció el joven, mirando a la mujer que estaba sentada a su lado en el gran salón de la nave, con capacidad para veintiséis personas.

Comprendió que ella hablaba por hablar, por mantener una conversación. Se la veía angustiada. Pablo pensó

que parecía más un ama de casa de mediana edad, desorientada, que la secretaria personal de la presidenta de la Real Sociedad de Tenis de la Magdalena.

–Margarita, ¿está usted bien? Parece sofocada.

–Ah, sí, sí –afirmó ella, toqueteando los cubiertos y acomodándose de nuevo en el enorme sofá Chester de cuero verde que rodeaba tres ángulos de la mesa–. Debe de ser el calor. Y usted, ¿está cómodo?

–Mucho. No creo ni que me levante de la silla.

Ella lo miró desde su rostro blando y amable, abriendo la boca y ensanchando más sus amplios mofletes hasta que asimiló la broma. Subir a Pablo al barco no había supuesto ninguna complicación para la tripulación, y él se había limitado a bloquear su silla de ruedas ante la gran mesa del salón, donde iban a cenar. Los techos y las paredes eran de madera blanca, pulida y reluciente. El suelo, de color haya oscuro, también había sido restaurado, pero respetando la visibilidad de los arañazos del tiempo y del paso de los marineros.

–A usted lo que le pasa es que está preocupada por esa bruja –intervino sonriente un hombre alto, de cabello cano; señaló con sus ojos azules el camino hacia el ancho pasillo de entrada al salón, tras el que se encontraba bien visible la entrada al camarote principal de la nave–. No haga mucho caso a la señora Pombo... ¿La riñe a usted siempre así?

–Oh, no, no...

Margarita se azoró y procuró disimular su sonrojo atuándose su media melena de color rubio desvaído y algo apagado. Comprendió que algunos de los invitados debían de haberlas visto y escuchado antes, cuando su jefa, Judith Pombo, la había reprendido severamente antes de retirarse al servicio del camarote.

–Es que Judith tiene mucho trabajo, señor Rallis. Mucho.

–No me diga. Yo pensaba que le habían metido un limón por el culo.

Pablo se rio y compartió con Basil Rallis una mirada de complicidad. Él la conocía poco, pero era cierto que Judith Pombo era una mujer de carácter difícil, que desde luego a él tampoco le había puesto las cosas fáciles. Debía de tener unos cincuenta años, pero se acicalaba como si acabase de cumplir veinticinco. Vestidos ajustados, corsés de algodón de alta calidad y americanas entalladas; sesión de peluquería y manicura semanal, y una máscara de caros coloretos y sombras oscuras por maquillaje. Siempre exigente y selectivamente irascible, dependiendo de quién fuese su interlocutor.

A los pocos segundos de entrar en *La Giralda* había reprendido a su secretaria por haber organizado la cena en el barco. Pareció importarle poco que el capitán e incluso varios de los invitados estuviesen a solo unos metros, simulando no enterarse de nada mientras admiraban en voz alta la belleza y el buen gusto decorativo en la nave. «¿Acaso tengo que hacerlo todo yo, Margarita? ¡Dime! ¿Eh? ¡Dime! Aquí, el cóctel; ¡solo el cóctel! La cena, en el club». «¿Qué? ¡Pues claro que dije que cenábamos en el barco, pero en la fiesta ibicenca, no en esta, por Dios bendito!»

Después, varios de los invitados y el propio capitán de la nave, que estaba justo al lado de Margarita, habían visto cómo Judith Pombo se había retirado al camarote principal, justificando su necesidad de acudir al servicio con el mareo que le provocaban los barcos y el profundo cansancio que acumulaba después de pasar la jornada en Londres, de donde acababa de llegar. Tal vez se tumbase incluso unos segundos, aunque solo fuese para responder algunos de sus múltiples correos electrónicos y llamadas. Había asegurado que saldría en un momento, pero ya llevaba un rato sin tener la gentileza de atender a los invitados. Margarita hizo caso omiso al soez comentario del se-

ñor Rallis y, dada la ausencia de su jefa, decidió comenzar a formalizar las presentaciones. Se levantó y carraspeó torpemente antes de comenzar a hablar.

–Bienvenidos a bordo de *La Giralda*. Vengan, vengan todos, por favor. ¿Les importa ir tomando asiento? ¿Cómo? Ah, por supuesto, donde quieran.

El primer oficial del barco se aproximó y habló a Margarita al oído. Ella asintió.

–¿En cubierta? Sí, dígales que bajen, por favor.

El primer oficial se retiró tan discretamente como había llegado, y en un minuto estaba de regreso acompañado de una joven morena, de mirada brillante y con cabello rizado, oscuro y salvaje; la acompañaba un individuo ya maduro y de constitución blanda. El hombre vestía un polo rosa y sonreía con esa suficiencia modesta de los que caminan satisfechos de sí mismos, conformes con su vida; acariciaba su incipiente barriga imitando el discreto afecto con el que lo hacen las mujeres embarazadas cuando su estado aún es un secreto.

–¿Nos estaban esperando? –preguntó sorprendida la chica, todavía con el frescor del mar sobre su piel.

Era guapa, y su juventud y naturalidad resultaban apabullantes. Se ajustó los tirantes de su largo vestido verde, que se recolocó en un único gesto, como si con ese movimiento ya estuviese presentable para sentarse a la elegante mesa.

–Perdonen que hayamos tardado en entrar... Es que acabamos de rodear la Isla de Mouro y las vistas sobre la Magdalena eran impresionantes. ¡Navegar en esta goleta es una verdadera maravilla!

Todos volvieron la mirada hacia los ventanales del salón, que imitaban un enrejado inglés, y observaron admirados la belleza de la costa de Santander. El Palacio de la Magdalena se dibujaba imponente sobre los acantilados, en un juego de luz y sombra que solo era posible ver desde el mar y cuando la noche comenzaba su abrazo a la

bahía. Margarita miró con un evidente reproche a la joven mientras esta se acercaba; les pidió a ella y a su acompañante, con un mal disimulado gesto de fastidio, que se sentasen en el enorme sofá verde. Después, y con una sonrisa nerviosa, retomó su aplomo para hablar.

—En unos instantes vendrá la señora Pombo para dar comienzo a la cena, pero si les parece iremos haciendo unas presentaciones más... formales. Me figuro que es posible que se conozcan por las jornadas de tenis de estos días, y he visto que algunos de ustedes ya han ido conversando al subir al barco... Y aunque unos cuantos ya nos conocemos, supongo que será más práctico que yo misma los presente.

Hubo murmullos de apreciación y asentimiento, y Margarita inició las presentaciones comenzando por quien estaba más cerca, mientras una bella y diminuta camarera de rasgos orientales llevaba bandejas de aperitivos y bebidas a la mesa.

—Bien; Pablo Ramos... —comenzó, señalando hacia el joven en silla de ruedas, de cabello oscuro y un poco largo, que la escuchaba como si él mismo aún tuviese que hacerse a la idea de quién era—. Número cinco en el *ranking* nacional masculino de tenis en silla de ruedas y miembro del comité directivo de la Real Federación Española de Tenis en Barcelona...

—¿Número cinco? —interrumpió el señor Rallis, alzando su copa de vino en honor al joven—. Bravo, muchacho. No lo dejes hasta que llegues al puto número uno.

—Seguiré su ejemplo —replicó Pablo alzando también su copa y aceptando el reto del hombre que tenía a su lado.

Basil Rallis no precisaba ninguna presentación, porque aquella cena era en realidad en su honor: había sido número uno en la clasificación mundial hacía ya muchos años, y era además el único jugador del mundo que, junto con Rafael Nadal y Andre Agassi, había ganado cuatro

Grand Slam, una Copa Davis y un oro olímpico. Ahora, con casi sesenta años, paseaba su porte todavía atlético y su carismática y traviesa mirada azul por los despachos de la Federación Internacional de Tenis, a la que servía como administrador de la Copa Davis en España para responsabilizarse del operativo local de aquella competición por equipos, que era la más grande del mundo.

–Seguro que Pablo llega muy lejos –sonrió amigablemente Margarita, que miraba a su espalda de vez en cuando, deseando que llegase de una vez la verdadera anfitrióna–. Bien, ya conocen todos al señor Rallis, que apenas precisa presentación –continuó, detallando a pesar de ello algunos de los logros y títulos obtenidos por el viejo jugador, que, aunque era de origen griego, se había afincado en Barcelona hacía ya muchísimos años, jugando sus torneos en representación de España.

Margarita, tras terminar con Rallis, se dirigió hacia la joven de cabello salvaje y rizado y a su acompañante del polo rosa.

–Algunos conocerán ya a Félix Maliaño, presidente de la Federación Cántabra de Tenis, a la que por supuesto está afiliada nuestro club...

El hombre sonrió y fingió un saludo militar, llevándose a la frente la mano derecha con falsa formalidad.

–... Y a Victoria Campoamor, su sobrina y vocal de la Federación.

–Que no somos tan buenos como el señor Rallis ni el señor Ramos... –replicó Victoria, poniendo las manos en alto a la altura del pecho, en un divertido ademán de defensa–. Pero también sabemos jugar al tenis, ¿eh?

–Algunos hasta peloteamos decentemente –añadió Félix, adivinándose en sus palabras un sincero reconocimiento de sus limitaciones y no falsa modestia.

Todos rieron, y Margarita alabó la gestión de ambos al frente de la Federación. En realidad, ni Félix ni Victoria cobraban nada por sus puestos en la institución deportiva, y

ambos tenían trabajos ajenos al mundo del tenis; él, en una empresa de reciclaje, y ella como bibliotecaria en la biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Victoria había logrado, sin embargo, alcanzar el puesto 4.835 en la clasificación nacional femenina de tenis, y Félix, con su edad y su prominente e incipiente barriga, evidenciaba que solo jugaba como mero pasatiempo, porque hacía muchos años que no estaba ya en la golosa clasificación masculina, en la que nunca había logrado ni siquiera uno de los diez mil primeros puestos.

A Pablo Ramos no se le escapó que, cuando Margarita había hablado en concreto de Victoria Campoamor, sus palabras habían sido formularias y de compromiso. ¿Por qué le caería mal a Margarita aquella joven tan simpática?

—Seguro que juega usted muy bien —concedió Pablo a Victoria, mirándola con amabilidad y una amplia sonrisa.

A ella le sorprendió la seguridad del joven, que le pareció atractivo y de mirada confiada.

—A mí no me cabe duda de que es usted una Martina Navrátilová en versión española —la piropeó un hombre bronceado y de unos cuarenta años, mientras atusaba su americana hecha a medida y dejaba relucir una dentadura blanquísima.

—Ah, Marco, por Dios, que es una niña —murmuró una mujer que estaba al lado del adúlador.

Llevaba un vestido elegante e iba muy maquillada, aunque sin haber logrado disimular el paso de los años, pues sus manos llenas de joyas y las arrugas de su cuello delataban que posiblemente ya había alcanzado la frontera de los sesenta.

—Querida, seguro que juega usted divinamente, pero mi marido no tiene ni idea de tenis femenino. La mejor de todos los tiempos es y será Steffi Graf, la única del mundo en haber ganado el Golden Slam, ¡la única! —exclamó sin apenas elevar el tono y sonriendo solo con la mitad de su boca.

A Pablo le pareció que su suficiencia al hablar era la propia de los que están acostumbrados a que nadie les replique.

—¿El Golden? ¿Pero no se llamaba el Grand Slam? — preguntó el último de los invitados que quedaba sin presentar y que hasta ese momento había permanecido callado.

Era un hombre corpulento y repeinado hacia atrás con mucha gomina, aunque no le quedaba ya demasiado cabello que peinar.

—Ay, Emilio, no tiene usted ni idea de tenis, ¿verdad?

La admiradora de Steffi Graf había cruzado los brazos y negado con la cabeza, como si aquella desinformación fuese inconcebible.

—Pobrecito. Hoy va a tener una cena aburridísima —lamentó, fingiendo compadecerse de él, aunque la malicia de su mirada decía lo contrario—. El Grand Slam, querido Emilio, se gana cuando un jugador vence en el mismo año en los cuatro principales torneos del mundo.

—Open de Australia, Roland Garros de Francia, Wimbledon en Inglaterra y Open de Estados Unidos... —enumeró Pablo, procurando ayudar a Emilio ante aquella anti-pática mujer, que continuó su explicación:

—... Y el Golden Slam se gana cuando se logra el Grand y, además, la medalla olímpica.

Margarita, incapaz de despegarse de una inseparable risilla nerviosa, intentó retomar el control. Se acercó a Emilio y le tocó en el brazo con cordialidad.

—Por supuesto, algunos de ustedes ya conocerán a Emilio Rojas...

Margarita le ofreció una sonrisa forzada a la admiradora de Steffi Graf.

—... Presidente de la Confederación de Empresarios de Cantabria desde hace solo unas semanas, pero por supuesto esperamos que, tal y como sucedió con su antecesor, colabore con nuestro club y con las múltiples oportu-

nidades empresariales de cooperación que siempre hemos compartido hasta ahora.

La anfitriona se dirigió entonces hacia Pablo Ramos y Basil Rallis, quienes, según parecía, eran las personas que más ajenas resultaban al juego de quién era quién en aquella cena. La secretaria señaló con la mano a la mujer mayor enojada y a su bronceado marido.

—Ellos son los socios de honor del club, don Marco Fiore y su esposa, doña Rosana Novoa. Colaboran con nosotros a través de los servicios de bienestar y salud para los miembros de la Sociedad de Tenis.

Todos se intercambiaron cumplidos y saludos, pero Pablo volvió a percibir en Margarita cierta animadversión, en este caso hacia aquellos dos socios de honor que acababa de presentar. En las palabras amables, desde luego, se escondían con frecuencia rencores que solo delataban las miradas y los sutilísimos tonos al hablar. Margarita había sido más fría incluso al dirigirse a Marco Fiore, que si había llegado a percibir aquel desafecto lo había disimulado a la perfección, porque no había dejado de mostrar su perfecta sonrisa de caballero ni por un instante.

Tras terminar los saludos formales, Margarita guardó silencio, como si no supiese qué más decir y sin que se le ocurriese qué otros datos de sus invitados sería conveniente resaltar. Sonrió con toda la naturalidad de la que fue capaz y dio por concluida su gestión para presentar a los siete distinguidos invitados que se habían reunido para cenar en *La Giralda*.

—Voy a ver si ya está disponible doña Judith. Por favor, acomódense y disfruten.

Margarita se dio la vuelta y, justo cuando iba a dar un primer paso hacia el camarote donde se encontraba Judith, todos escucharon un grito femenino, agónico y desgarrador. Después, una negación, un «No» más suave, menos audible. Parecía proceder del camarote donde había entrado solo unos minutos antes la sofisticada y exigente